

La Cueca Larga, de NICANOR PARRA. Ediciones "Colección Extremo Sur". 1958.

POR FIN NICANOR PARRA decidió reunir en libro los versos populares suyos, que desde hace tiempo circulan en nuestro medio, tales como "El chuico y la damajuana", por ejemplo, que viéramos publicados en diarios y revistas que conservamos entre la balumba de papeles que ocupan gran parte de nuestro espacio vital. También tuvimos oportunidad de escucharlos de labios del autor en la repartición de Premios Municipales de 1954. Fue tal vez algo inusitado en el ámbito principesco del Palacio Cousiño, pero gustaron mucho; todos rieron de buena gana y aplaudieron al autor e *intérprete*, tal como lo hizo últimamente otro auditorio en Doñihue, luego de oír la lectura de su hoy famosa "Cueca Larga".

Ahora encontramos esos versos, editados en un hermoso volumen de la Colección Extremo Sur, dirigida por Ester Matte Alessandri. Las ilustraciones de Nemesio Antúnez añaden a la obra una interpretación gráfica de la más pura y graciosa chilenidad.

Empieza Nicanor Parra su libro (*La Cueca Larga*), como *cantor* ducho en payas y contrapuntos:

*Nervioso, pero sin duelo
a toda la concurrencia
por la mala voz suplico
perdón y condescendencia.*

Esta redondilla inicial nos da en seguida la capacidad del poeta. Es común entre buenos cantores empezar en esa forma, como quien dice "poniéndose el parche", pero de puro diablo no más, porque ellos saben lo que corren. Y cuando uno lanza su *introito*:

Pido permiso, señores,
a toda la concurrencia . . .

o bien:

Pido a toda la compañía,
permiso para cantar . . .

el auditorio ya puede aprestarse para gustar algo de gran calidad.

Estas manifestaciones de modestia las encontramos en todo cantor de campanillas. El *Moreno* del "Martín Fierro", dirá:

*Yo no soy, señores míos,
sino un pobre guitarrero . . .*

En "El Cancionero de Antioquia" hallamos esta jocosa copla de posible justificación, en caso de que la canción no sea del agrado de los oyentes:

*Señores los que me oyeren
no me murmuren la voz,
que me ha dado el romadizo
y me quiere dar la tos . . .*

Estamos citando versos alusivos, con el fin de ponernos a tono para empezar a tomarle el sabor a los de este *apóstata* ocasional de la gran poesía y figura prominente de los clanes "ísmicos", que tan gratamente nos sorprende con esta incursión por los predios de la poesía popular.

Pero la suya —la que comentamos— es una poesía popular de nuevo cuño, *amonedada* en tal forma en sus troqueles, que cada redondilla, aislada del conjunto, representa por sí sola un valor real distinto, pero nunca será un cero huacho sin las posibilidades décuples que pueda ofrecerle el arrimo. Y eso es lo que la destaca, porque no son estas composiciones como algunos poemas amasados sin médula, de rimar-rimar, de hilvanar e hilvanar estrofas con las que se pueda obtener al final el respiro de ahogo emocionado o el estallido de hilaridad. No; aquí esto último —téngase presente que son versos festivos—, la risa, permanece en los labios en sucesiva floración.

La expresión popular, las frases de uso corriente entre gente de pueblo, y hasta los dichos inéditos, abundan en "La cueca larga". Decimos "dichos inéditos", porque aún no adquieren vigencia de tales; pero la tendrán más adelante, cuando esta *Cueca* de Nicanor Parra se haya *cantado* en muchas ediciones, que se las merece.

Y como lo afirmado hay que probarlo, allá van algunos *dichos* tomados de su libro:

"Algunos toman por sed,
otros por olvidar deudas";
"Yo brindo por lo que venga,
la cosa es brindar por algo";
"Con el favor de mi Dios;
por algo me llama Pancho";

*"Aquí no se enoja naiden,
le dijo el pequén al sapo".*

y así otros que sería fácil encontrar.

Y el elogio reiterado del vino, más claro y chileno que en el *Estatuto*, y que sólo nuestro gran *Juvencio* podría expresar en la forma que Nicanor lo hace:

*El vino puede tomarse
en lata, cristal o greda,
pero es mejor en copihue,
en fucsia o en azucena.*

Y la observación tan directa, interpreta aspectos de la vida de nuestro pueblo y que involucra cierta resonancia social diluida en la resignación de quienes sufren explotación sin mengua:

*El pobre toma su trago
para compensar las deudas
que no se pueden pagar
con lágrimas ni con huelgas.*

Las *bodas* del Chuico y la Damajuana, son de una gracia incomparable. Esos bueyes verdes, llamados *Chicha* el uno, y *Aguardiente* el compañero, no pudieron ser mejor escogidos para tirar la carreta en que son transportados hacia el tálamo dionisiaco los recién desposados, por ese cura que reza padrenuestros y avemarías en su rosario de uvas...

Manuel F. Rugeles recuerda un caso parecido en una vieja copla del cancionero venezolano:

*La chicha y el aguardiente
tuvieron un muchachito,
y por nombre le pusieron
Juan Antonio Guarapito.*

Don Antonio Restrepo, anteriormente, en la copla colombiana llama al *hijo*:

"Fermentado Guarapito".

Esos versos son muy viejos. Hace cerca de cuarenta años se los oímos a un ventrílocuo, que se los hacía *decir* a uno de sus muñecos.

El *Brindis* de Nicanor Parra es algo de lo más chileno y mejor logrado que conocemos. Recordamos muchos brindis, muy graciosos, pero no de tanta enjundia como el de este poeta que parece tener en la vid no sólo un blasón, sino una musa verde y jugosa:

“Yo brindo por lo que venga,
la cosa es brindar por algo”.

.....

“Yo quiero brindar por todo
—ya me arranqué con los tarros—.
Brindo por lo celestial
y brindo por lo profano”.

Empero, por sobre las coplas del vino, casamiento y brindis, está “La cueca larga”: *cueca* sencillamente magistral:

*Voy a cantarme una cueca
más larga que sentimiento . . .*

Y se desahoga, maliciosa y alborozadamente, como el rotito que ha estado *plantado*:

*Hacen cuarenta días
que no me encacho . . .*

Y larga la pulla jocunda a la *cabra* “apretá de calzón” que no pisa un huevo y que de puro pituca no se *desata*:

*Esa dama que baila
se me figura
que le pasaron lija
por la cintura.*

Y recuerda *aventurillas*:

*En la calle San Pablo
pica la cosa:
andan como sardinas
las mariposas.*

El dicho sicalíptico, "la cosa fregada", impropios en una *ramada* donde hay visitas con las cuales no se tiene confianza, él —Nicanor— los soslaya habilidosamente:

*Nacen las guaguas, sí,
chicha con borra,
no hay mujer que no tenga
quien la socorra.*

En 1916, don Julio Vicuña Cifuentes, en su discurso de incorporación a la Academia Chilena, expresó a propósito de nuestra poesía popular: "Tal como es, pobre y descabalada, no dudéis, señores, que es digna por todos respetos de más cuidadoso estudio que el que yo he podido dedicarle, y que si no merece los elogios exagerados de los que la exaltan sin criterio, menos es acreedora al humillante desdén de los que la deprimen sin conocerla".

Juan Liscano ("Poesía popular venezolana") y Rafael Jijena Sánchez ("De nuestra poesía tradicional") han manifestado otro tanto. Don Melchor de Paláu recopiló en 1900 algunos miles de *cantares* correspondiente a unos ochenta autores conocidos, como Bécquer, Campoamor, Zorrilla, Salvador Rueda, Unamuno, Villaespesa, entre otros, lo que nos demuestra que los poetas de coturno no se sienten rebajados al cantar como el *pueta* de alpargatas o de ojotas.

*Para cantar mis penas
hago hablar a la guitarra;
si no entiendes lo que dice
no digas que tienes alma.*

(Ventura Ruíz Aguilera).

Don Manuel González Prada también lo hizo en forma epigramático. De sus incisivos "Grafitos", copiamos éstos:

*“Las mujeres honradas
y hasta impecables,
quieren ser respetadas,
no respetables”.*

*“De nada estuve nunca
arrepentido,
a no ser del pecado ...
no cometido.*

“La sal de María Santísima” (1882) contiene muchos *cantares* de diversos autores:

*“Mi marido y el tuyo
van a Linares
a buscar cuatro bueyes ...
vendrán tres pares”.*

*“Me enamoré de un fraile
por el silencio,
y al instante lo supo
todo el convento”.*

*“Mire usted con la gracia
que mira un tuerto;
¡Con un ojo cerrado
y el otro abierto!”*

Si es por cantares, tenemos libros viejos a la mano para reproducir millares, lo que nos demostraría que el cultivo de esta clase de poesía ha sido lamentablemente olvidado no sólo por los *puetas*, que ahora —los pocos de que se tiene noticia— se han dedicado a hacer poesía política, dejando de lado la verdadera expresión popular, que por derecho les pertenece.

Por eso es reconfortante ver que un vate de los pergaminos del autor de “Cancionero sin nombre” se lance en esta aventura poética-popular, y lo haya hecho con este *cancionero* tan hermoso, tan gracioso y chilénísimo. Lo ideal sería que encontrara imitadores —lo que dudamos—, pues ello redundaría en beneficio de los mismos poetas populares de humilde prosapia, que se verían constreñidos a *cantar* en su cuerda, como deben y sienten, en lo suyo, y no como pretenden y no pueden (o lo logran a medias) en un terreno que no les pertenece,

En tanto, Nicanor Parra puede seguir tranquilo y seguro en el sitio único que ha conquistado, para rasguear su rabel de cantor, que le envidiarían el Mulato y Ño Bernardino, grandes y eternos; pues hoy, como el Gaucho inmortal de José Fernández, podrá desafiar al más pintado cantor que se le cruce en el camino:

*Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman...*

HOMERO BASCUÑÁN



La forma de lo desconocido, por LANCELOT LAW
WHYTE. Editorial SUR, Buenos Aires, abril, 1957

HE AQUÍ UN LIBRO que arroja audaces sondas luminosas en el abismo del misterio. Pero no se piense en la estéril pirotecnia de quienes mucho aventuran, pero poco saben o pueden llegar a saber. Lancelot Law Whyte pertenece a ese linaje de escritores cuyas intuiciones y atisbos marchan a parejas con una profunda erudición y, es más, se valen de ésta para trepar por los escarpados acantilados del conocimiento, todavía no revelado. Su mente, equipada así con lo mejor del bagaje científico de la época, a la vez que fertilizada por raptos líricos que fluyen del inconsciente, está especialmente capacitada —casi diríamos orgánicamente— para afrontar la estupenda aventura de ir a la busca de un nuevo “mito de la creación”, como él dice; de una “cosmología o modo de pensar que sea adecuado para el estado actual del conocimiento”.

En estas palabras se anuncia ya todo un programa de indagación, como también se apunta a una deficiencia sobre la que el autor volverá muchas veces a lo largo de su breve pero luminoso ensayo. Para Whyte —exponente señalado de la actual jerarquía intelectual británica— le falta al mundo presente, como al pasado, una visión vertebrada del universo físico y mental que configura el escenario en el que se representa el drama humano. Por eso él, con voz que, sin embargo, no suena a premonitoria —ya se verá que las consecuencias finales de su obra son optimistas—, se dice que “hasta ahora no sabemos nada fundamental sobre el universo en el que nacemos”. Pese a ello, en este planteo vital —confrontación última y primera sobre la